

Oasis

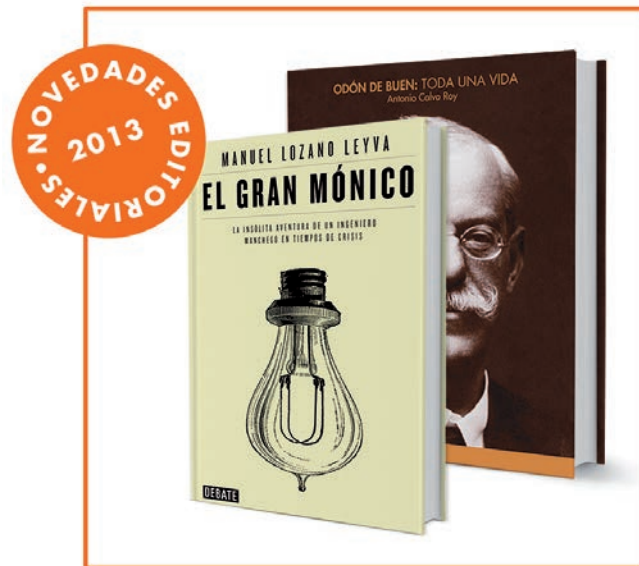
Aunque en la historia de la ciencia y la tecnología de nuestro país los páramos y desiertos sean mucho más grandes y visibles que los oasis que salpican ese paisaje, conviene visitar estos de vez en cuando, como un necesario ejercicio de homenaje a quienes trataron de que este país también fuera referencia por su investigación. Lo lamentable es que muchos de esos nombres, que en su momento tuvieron mayor o menor visibilidad pública, quedan con frecuencia sepultados en el olvido. Son oasis perdidos y es preciso redescubrirlos, rescatar su memoria, glosar sus logros, en ocasiones realmente llamativos, y narrar su peripecia, habitualmente pintoresca por la propia rareza que ser científico en España suponía en tiempos no tan lejanos.

Dos de estos nombres han regresado este año a la actualidad, como protagonistas de sendas biografías que recogen sus trayectorias asombrosas. Uno de ellos es Mónico Sánchez, un manchego de clase trabajadora, nacido en 1880 en Piedrabuena, que con 23 años se fue a Madrid para estudiar ingeniería, fascinado por las aplicaciones de la electricidad. Como la Escuela de Ingenieros Industriales de la capital estaba cerrada por huelgas estudiantiles, tomó la arriesgada decisión de ir a Estados Unidos, a pesar de que no sabía inglés, donde se estaba gestando la revolución de la electricidad, de manos de inventores célebres como Edison y Tesla.

“TODA VIDA MERECE UNA NOVELA. LAS DE LOS INVESTIGADORES MÓNICO SÁNCHEZ Y ODÓN DE BUEN LO SON SIN NECESIDAD DE UN FABULADOR QUE LAS ADORNE”

En Nueva York trabajó en diversos menesteres y realizó diversos cursos hasta conseguir su objetivo, entrar en la Universidad de Columbia y convertirse en ingeniero eléctrico. Trabajó en diferentes empresas y proyectos, como el de un prototipo de teléfono móvil, y realizó algunos inventos de gran repercusión en la época, especialmente un aparato de rayos X portátil, de amplia utilización durante la I Guerra Mundial, que le convirtió en un hombre rico. En 1913 regresó a su pueblo, que carecía aún de suministro eléctrico, para montar un laboratorio donde proseguir sus investigaciones y fabricar sus equipos de rayos X portátiles. Tuvo que montar él mismo la central que abasteciera al pueblo de electricidad.

En este 2013, con motivo del centenario de su regreso al pueblo, Piedrabuena le ha rendido honores, mientras que el Museo Nacional de Ciencia y Tecnología exhibe una muestra amplia de sus inventos en sus dos sedes, A Coruña y Madrid. Pero lo que más ha contribuido a devolver a la memoria de los especialistas la figura del insigne ingeniero, emprendedor y pionero de la electrificación de nuestro país ha sido la biografía que, bajo el título de *El gran Mónico* ha escrito Manuel Lozano Leyva, catedrático de Física de la Universidad de Sevilla, publicado por editorial Debate.



Algo mayor era Odón de Buen, el fundador del Instituto Español de Oceanografía, de cuyo nacimiento se cumplen ahora 150 años, cuya vida y obra ha vuelto a la luz de la mano del periodista Antonio Calvo Roy, que han publicado una extensa e intensa biografía de este polémico personaje. Fue catedrático en Barcelona y Madrid, naturalista, oceanógrafo, intelectual, polemista, político, concejal, senador, republicano, ateo, librepensador, masón, preso político, exiliado y muchas cosas más. Introdujo el darwinismo en España y lo enseñó en la universidad, lo que le valió enfrentamientos, denuncias y campañas de descrédito que casi le costaron la cátedra, pero se mantuvo firme en su defensa y, con la ayuda de numerosos estudiantes, consiguió defender su posición.

Aunque nacido en tierras del interior, en la localidad zaragozana de Zuera, descubrió el mar a bordo de la fragata *Blanca*, donde se instruían guardiamarinas y a la que fue invitado, con 22 años, para realizar investigaciones marinas. Aquel viaje determinó su futuro científico, dedicando la mayor parte de su actividad a la creación de diversos laboratorios biológicos marinos en diferentes ciudades costeras. Culminó su tarea con la fundación, en 1914, del Instituto Español de Oceanografía, que casi un siglo después mantiene su nombre y su dedicación.

Sus investigaciones no fueron tan notables como su capacidad para gestionar fondos y ayudar a otros a investigar, dedicando sus principales esfuerzos a difundir la ciencia de la oceanografía, crear infraestructuras, buscar recursos económicos, conseguir barcos para la investigación, alcanzar acuerdos internacionales. Fue, además, un pionero de la divulgación en nuestro país, convencido de la importancia que para el futuro de su economía tenía conseguir una elevada cultura científica por parte de la población. Murió en México en 1945.

En el arranque de su libro, recuerda Calvo Roy que su padre, Manuel Calvo Hemando, pionero del periodismo científico en España, decía que toda vida merecía una novela. Las de Mónico Sánchez y Odón de Buen lo son sin necesidad de un fabulador que las adorne. Justo es recordarlas y repetir las para que no vuelvan al desván del olvido.